

Maravall, historiador de Carlos V y de la picaresca

Entre la densa producción historiográfica de don José Antonio Maravall, toda de tanto valor, aparecen algunos trabajos que le sitúan entre los modernistas más vinculados a la época de Carlos V. Y ello en particular por dos estudios: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (publicado por el Instituto de Estudios Políticos en 1960) y *Las Comunidades de Castilla, una primera revolución moderna* (publicado por la *Revista de Occidente* en 1963, libro del que ya se conocen cinco ediciones). En algunos otros trabajos de Maravall aparece también el tema carolino; así en *La oposición política bajo los Austrias* (Madrid, Ariel, 1972) y, sobre todo, en el que constituyó su colaboración al libro-homenaje con que la Universidad de Granada quiso honrar la memoria del Emperador, con motivo del IV Centenario de su muerte; este artículo quería presentar un aspecto inédito sobre la época carolina: no tanto al mismo soberano, como a la España de su tiempo y en qué medida se había imperializado. Tal fue el tema desarrollado en su colaboración, que tituló justamente: *La visión utópica del Imperio de Carlos V en la España de su época* (Granada, 1958); artículo, por cierto, que no aparece en la relación bibliográfica hecha por María del Carmen Iglesias en el libro de homenaje a don José Antonio¹.

¿Cómo veía Maravall la figura del Emperador? Como podía hacerlo un historiador del pensamiento político. A Maravall le interesó analizar al hombre de Estado y la obra política de Carlos V, como un notable intento de unir Europa. A su juicio, Carlos V trató de articular su sistema político con estos cinco principios: un universalismo político moral, de base cristiana; la dinastía, puesta al servicio del poder; un particularismo estatal, que en ocasiones desembocaría en una praxis maquiavélica; un concepto patriarcal del Estado; y, finalmente, un ordenamiento jurídico, coronado por la idea «del derecho del Imperio».

Para Maravall, Carlos V tiene ante sí un doble problema, en cuanto soberano de la nación alemana y en cuanto a César de un imperio que simboliza la mitad de la cristiandad; eso referido a su tarea imperial. Pero era, además, el señor de los Países Bajos y el rey de la Monarquía Católica. Todo ello sumando unos recursos increíbles, a los que habría que añadir los tesoros de Indias, pues es también señor de Nueva España y del Perú. Así

¹ Tampoco aparece, porque sospecho que es un trabajo inédito, la ponencia que presentó al Congreso de Carlos V con el título: «Carlos V y el sentido del Renacimiento en España».

se comprende que se le acusara, en su tiempo, de pretender la monarquía universal. Sin embargo, Maravall hacer ver que Carlos V no pretendía adueñarse de reinos ajenos, sino de dirigir una tarea común, que sirviera de trabazón a los pueblos de Europa (la «Universitas Christiana»).

De ahí la necesidad de conseguir la paz de la cristiandad, cosa que cree alcanzar con el tratado de Madrid de 1526, y después con el de las Damas de 1529. Entonces se plantea la necesidad de un concilio, que pusiera remedio al avance de la herejía luterana, con el consiguiente desgarramiento de Europa. Para ello ha de abandonar España, contra el criterio de no pocos consejeros castellanos, como declararía en su discurso ante el Consejo Real en Madrid, recogido por Alonso de Santa Cruz y que Maravall considera auténtico, en su mayor parte. Ese Imperio tendría, de todas formas, una zona estratégica, que iba del Norte de Italia a los Países Bajos (el eje Milán-Flandes); su dominio, con el apoyo de España, le daría el predominio sobre Europa. Después de su victoria en Mühlberg, sin embargo, cuando derrota en 1547 de forma tan aplastante a los príncipes protestantes alemanes, cambia de idea, dando mayor fuerza al imperio español: «Carlos, en cierta forma —señala Maravall— niega al final de su vida política su obra, reduciendo de hecho el Sacro Imperio a ser una institución centro-europea, y organizando junto a él el imperio moderno español».

Aún más resonancia que este estudio sobre la idea imperial de Carlos V —con el que Maravall entraba en la polémica de aquellos años que habían protagonizado don Ramón Menéndez Pidal y Peter Rassow—, tendría su libro sobre las Comunidades de Castilla. Y con razón, pues después de la aparición de una serie de ensayos de tantos que lo hacían a rueda pluma, Maravall sería el primero que trataría de buscar una interpretación científica de aquel conflicto castellano, a través del estudio de las fuentes de la época. Es conocida su tesis: Castilla se lanza a una revolución, paralela a la que tendrían después otros pueblos europeos en la Edad Moderna, para poner coto al absolutismo regio. Y su fracaso se debió a que lo hizo demasiado pronto. Estaríamos ante la primera revolución de los tiempos modernos, anticipándose un siglo largo a Inglaterra y dos siglos y medio a las revoluciones norteamericana y francesa. Libro brillante, que aún sigue teniendo vigencia, y punto de arranque inexcusable para todo aquel que quiera estudiar a fondo el famoso alzamiento de las Comunidades de Castilla, que le permitirá después hacerse con los estudios posteriores de Joseph King y de Juan Ignacio Gutiérrez Nieto. Y por mi parte he de añadir que guardo con especial celo un ejemplar de la primera edición que el propio don José Antonio me dedicó.

Y, entrando ya en el terreno de lo personal, algo más he de decir: cuando la Real Academia de la Historia me encargó que tuviera a mi cargo una sesión académica, la primera vez que ello ocurrió —el 23 de octubre de 1987— yo quise que fuera dedicada a la memoria de don José Antonio, que todavía no hacía el año que había fallecido. Yo todavía estaba bajo la impresión de mi ingreso en la Real Academia —un ingreso que Maravall había apadrinado— y en cuyo acto debía responder a mi discurso—, en el que ya no pudimos oírle. Pues bien, en aquella ocasión académica, en la que me dediqué a comentar el último gran libro del maestro desaparecido (*La literatura picaresca desde la historia social*), pude señalar:

En su libro, Maravall nos prueba, una vez más, su amor al humilde, su preocupación por los desheredados de este mundo. A fin de cuentas, ¿qué es el pícaro, cuya instalación en la sociedad del siglo XVII tantas obras literarias ha provocado? Maravall nos lo precisará desde el primer momento: el pícaro es un pobre, aunque en ocasiones deje de serlo; el pícaro es, por esencia, un vagabundo; y, sobre todo, el pícaro es un desviado, frente a las normas del grupo social en el que se inserta, aunque no se le pueda llamar, por ello, un rebelde; en todo caso, en cierto sentido, será un reformador. Será un ladrón, cuando se tercié, y tratará de medrar, sin importarle los medios, porque (como afirmaba aquel personaje de Bernard Shaw en *Pigmalión*), nunca estará en situación de permitirse el lujo de ser honrado; pues su punto de partida es siempre una miseria que amenaza con asfixiarle, y de la que trata de liberarse con ayuda de un ingenio que le permite ir trampeando. La miseria será su disculpa y el ingenio lo que provocará, si no la admiración, sí al menos el interés —y hasta la hilaridad— del lector, aunque en su mayoría pertenezca al grupo social con el que el pícaro tiene ante sí un reto constante, siendo su vida una permanente aventura en la que, en cada lance, ha de lucir su ingenio. El pícaro es desvergonzado y caerá, una y otra vez, en ruindades, bajo el punto de vista del código de conducta de la sociedad que le soporta (un código que, evidentemente, no comparte), pero no será nunca ni cruel ni sanguinario. Donde se aparta más radicalmente de la sociedad es en su sentido de la propiedad y, aún más, en el que tiene del honor vinculado al sexo. El pícaro no tendrá ningún reparo en robar, ni tampoco en convertirse en un rufián, incluso con la mujer que tiene más a mano: su propia esposa, si está casado. Lázaro, engañado por su mujer, se encontrará «en la cumbre de toda fortuna». Guzmán de Alfarache, camino de la Corte, dirá para sí: «Conmigo llevo pieza de rey, fruta nueva, fresca y no rebajada; pondrélo precio como quisiere. Rufián, pues, pero nunca un asesino.»

Ahora bien —añado ahora— lo que hace particularmente notable la obra de Maravall sobre la picaresca es su análisis de los condicionamientos sociales que hacen posible la proliferación del pícaro, condicionamientos que cifra en lo siguiente: en primer lugar, en ese punto de partida que ya hemos citado: la pobreza. Pero la pobreza no sólo como una situación límite, sino también como una aceptación ideológica; lo que Maravall denominará la estimación de la pobreza como factor de consolidación del orden social tradicional, con una situación bipolar: los pobres frente a los ricos. Será la dicotomía pobres-ricos una de las características más marcadas de la sociedad española del siglo XVII, ya anunciada en el siglo anterior, que no en vano es el siglo en el que aparece *El Lazarillo de Tormes*. Otra nota será su desprecio al trabajo manual, en lo cual coinciden el noble y el pícaro, con la valoración que ambos tienen del ocio; con la diferencia, claro está, de que el noble se supone que posee bienes que le permiten abandonarse sin sobresaltos a un vida ociosa, mientras que el pícaro ha de afrontar las necesidades cotidianas con sus mañas y habilidades. Una de esas habilidades será entrar a servir con un amo, en cuyo servicio derrochará ingenio antes que trabajo, y nunca lealtad. En la azarosa vida del pícaro, nos dirá Maravall, la servidumbre es una etapa casi obligada, al menos cuando es un muchacho; el modelo estaba en el *Lazarillo* y seguirá en el *Guzmán de Alfarache*.

Maravall apunta también a otra nota típica del pícaro: su condición de urbano, de hombre que prospera en la ciudad; o, si se quiere mejor, que se esconde en la ciudad. Es claro

que el pícaro enlaza pronto con el hampa, y que el hampa es un producto urbano, antes que rural. Bien sabido es —y Maravall nos lo recuerda con justicia— que los moralistas de la época exaltaban al mundo rural como aquel en el que el hombre daba sin engaño la medida de su personalidad. Era aquello de «menosprecio de Corte y alabanza de aldea», el libro tan leído de Fray Antonio de Guevara. Por decirlo con las propias palabras de Maravall: «... la opinión entre moralistas y otros escritores acerca de que la verdad de las cosas, y con ella la manifestación suya más importante, a saber, la verdad de lo que uno es, sólo se goza en un medio rural.» Por contra, el pícaro aparentará lo que no es, entrará en el juego de una doble vida, tendencia que sólo podía desarrollar en la ciudad.

Ahora bien, lo que importaría sobre todo a Maravall —como tan eminente historiador que era— sería enfocar la picaresca como testimonio de aquel siglo:

«La literatura picaresca —nos dirá—, y muy especialmente la novela, acertó de modo prodigioso a dejarnos un testimonio, entre otros, pero éste con particular vivacidad y precisión, de la crisis económica, social e histórica..., crisis por la que pasaron los países de la Europa occidental y, entre ellos, con mucha mayor gravedad, España, durante el siglo del Barroco.»

Una literatura que era algo más, de todas formas, que un testimonio; era también, como resalta Maravall, un esfuerzo, dirigido al sector burgués (los «medianos») para hacerle ver el deterioro social que se estaba produciendo, a fin de que se pusiera el adecuado remedio.

Sin duda, pues, nos encontramos ante un libro importante. Al manejarlo me da la impresión de estar hablando de nuevo con su autor, de verle ladear ligeramente la cabeza, cuando le hago alguna observación, de verle esbozar una ligera sonrisa.

Sí, me parece verle aún, con su mirada penetrante, y me escucho a mí mismo haciéndole una pregunta. Y me parece verle alzarse, para coger un libro de su biblioteca, a fin de darme la respuesta adecuada, con la cita exacta.

Tal hubiera podido ocurrir en su casa de la «profesora» madrileña, de cara a los montes azules del Guadarrama; tal en la misma academia, en la que le tuve por padrino, como yo tanto hubiera deseado. Pero Dios no lo quiso.

Ahora una última reflexión: ¿Qué es lo que da ese particular encanto a la prosa de Maravall? La respuesta la encontré en el artículo de Ildefonso Manuel Gil: «La poesía de José Antonio Maravall». Porque el autor de tantas páginas admirables sobre nuestra historia, es también el creador de hermosos poemas.

De tan hermosos versos como los siguientes:

¡Qué silencio lunar en avenidas
y en los amplios latidos de la noche!
Bajo un signo de estrellas arbitrarias
florecerá un zodiaco de nombres.

Manuel Fernández Álvarez